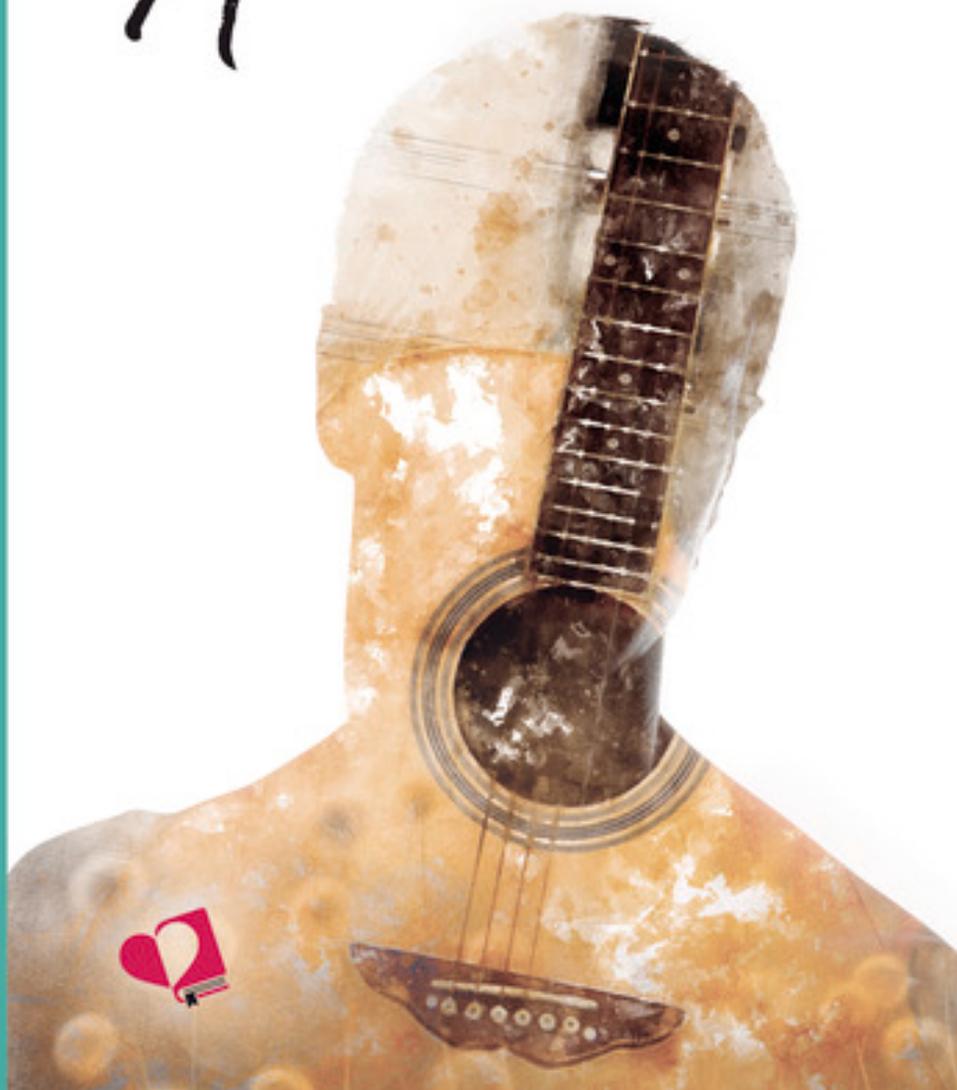


María R. Box

Adam



Capítulo 1

Adam

Salí de casa cerrando la puerta de un portazo, me importaba una mierda si los vecinos volvían a quejarse o no. Pero estaba harto. Harto de todo y de todos. Harto de mí mismo. Harto de respirar, de vivir.

Bajé las escaleras deprisa, ni siquiera tomé el ascensor, y me subí al coche que descansaba delante del edificio. Lancé la mochila a desgana al asiento del copiloto y me metí, cerrando la puerta y metiendo la llave en el contacto.

Apreté mis puños al agarrar el volante, los nudillos me dolían a rabiar de la presión. Dejé descansar mi cabeza en el respaldo e intenté respirar para tranquilizarme.

De nuevo, había tenido otra pelea con mi padre y hermano, pero ¿qué querían? Simplemente no podía.

Comencé a conducir directo hacia la universidad, estaba estudiando mi tercer año de diseño y desarrollo tecnológico.

Aproveché un semáforo en rojo para encender la radio, *Titanium* de David Guetta se escuchó por todo el coche. Volví a con-

ducir cuando el semáforo se puso en verde. Vivía a solo quince minutos en coche de la universidad, así que llegué pronto y encontré mi típico aparcamiento vacío. Todo el mundo sabía que ese sitio era mío y no había un alma que se atreviera a aparcar su vehículo en él. Agarré la mochila y bajé del coche, cerrándolo con el mando y posando la mochila sobre mi hombro.

Anduve hasta la puerta, viendo como todo aquel que se cruzaba en mi camino desaparecía hasta llegar a las escaleras de entrada, donde me reuní con los chicos.

—¿Ya te has despertado con un humor de perros? —me preguntó Collin riéndose de mí.

—Cállate la puta boca —bramé, pegándole en el brazo.

Marc se echó a reír, aunque yo no le veía la gracia. Collin palpó el sitio afectado, sabía que le había dado fuerte.

—Tío, porque sé que me tienes cariño si no... —murmuró Collin.

—No está de humor —dijo Marc—. ¿Otra pelea con tu padre?

Asentí y saqué de uno de los bolsillos de mi chaqueta el paquete de cigarrillos. Me metí uno a la boca y lo encendí.

—Esta vez se ha metido mi hermano de por medio, estoy harto de ellos.

Marc y Collin se miraron por unos segundos y se encogieron de hombros.

—Sabes que pensamos igual que ellos —dijo Marc, pasándose la mano por el pelo—. Además, tu padre te paga los estudios aun siendo un cabrón. Deberías tenerlo un poco en consideración, Adam.

—Pero no te damos el coñazo porque eres imposible —terminó de decir Collin.

—¿Y qué queréis que haga? —les pregunté, echando el humo por la boca—. No puedo...

Sí, había una parte de mí que sabía que estaba siendo injusto con papá y con Thomas. Pero me era imposible sacarla, no podía por alguna razón que no comprendía.

—Lo sabemos —intervino Collin—. Anda, fúmate eso y vamos a clase, cada día nos cuesta más mantenerte en la tierra.

Entramos a nuestra facultad y anduvimos por los pasillos en silencio hasta llegar a nuestra clase. De nuevo, fuimos los tres a nuestros asientos y esperamos a que apareciera el profesor. Por lo menos, aunque pareciera una locura, estudiar me mantenía con la mente ocupada. Pero el profesor tardaba y yo me perdía en mis pensamientos cada vez más.

—¡Tío! —exclamó Marc—. Hannah, la de primero de pedagogía, me ha respondido.

«*Bien, algo con lo que entretenerse*», pensé para mis adentros.

Collin dejó su móvil apartado y prestó atención a lo que decía Marc. Puse los ojos en blanco y miré por la ventana, me alegraba que Marc hubiera encontrado a una chica que le gustara, pero la verdad era que no me importaba mucho ese tema.

De entre toda la gente, mi vista fue directa a una chica que llevaba un libro pegado al pecho, iba cabizbaja y evitaba todo contacto con la gente. Sus movimientos eran tímidos, seguramente debía ser una niña de primero. Vi como entraba a la facultad de pedagogía, que estaba justo enfrente de la nuestra, y desaparecía.

—¿Qué miras? —me preguntó Marc con picardía—. ¿Observando a tu próxima presa? —Movié las cejas como Gaucho Marx, algo que solo él podía hacer.

Desvié la mirada hacia Marc y enarqué una ceja. ¿Presa? ¿Esa chica? Imposible, normalmente me iban las facilonas. Cero sentimientos, puro sexo.

—¡Qué dices! —exclamé resoplando—. Deja de decir gilipolces, Marc, y mira, que Collin está registrando tu lista de contactos.

Marc se giró de forma brusca y le cogió el móvil a Collin, no pude evitar reír entre dientes.

Después de diez largos minutos, el profesor entró y la clase comenzó. Muy a mi pesar, era teoría y todo el mundo sabía lo poco que me gustaba la teoría. Yo era más de práctica, pero era algo que tenía y no podía evitar.

Y, poco a poco, las clases fueron pasando hasta llegar la hora de salir. Guardé mi ordenador portátil en la mochila y me levanté, poniéndola en mi hombro. Por suerte, la profesora de programación había mandado trabajo para casa y estaría ocupado toda la tarde. Salí el último del aula, pues me quedé a preguntarle una cosa a la profesora Brown y, cuando salí, encaminándome a la puerta de salida por el pasillo central de la facultad, no pude evitar a ese grano en el culo llamado Taylor. Me pegué a mí mismo, sabía que siempre me esperaba en el mismo sitio a la misma hora. Taylor era una chica muy atractiva, con solo diecinueve años era la envidia de muchas chicas de la facultad, pero yo solo la quería para un polvo. Y ella lo sabía.

—Adam —exclamó, agarrándome del brazo—, ¿cómo te ha ido el día, cielo?

Paré en seco e hice que me soltara.

—¿Cuántas veces te he dicho que no soy tu cielo, Taylor? —resoplé indignado. La agarré del brazo y la aparté hacia un lado, bajé mi cabeza unos centímetros y la miré a los ojos—. Deja de perseguirme, ¿vale? Ya te dejé muy claro que lo nuestro solo era sexo.

—¡Oh, vamos! —se quejó—. Adam, hacemos una buena pareja. Lo sabes —murmuró ella.

—Escúchame bien, Taylor, nosotros no pegamos ni con pegamento. Que te quede claro.

—Adam, tío, vamos. —Collin me agarró del hombro e hizo que me girara a verlo. Su expresión era seria, aunque temerosa de mi reacción—. Déjala, ya sabes como es Taylor.

Volví a mirarla y deshice mi agarre, dejándola ahí bajo la atenta mirada, y habladurías, de toda la facultad.

Salí como alma que lleva el diablo hacia el exterior, notando la tensión de mis músculos y las constantes ganas de golpear algo, o a alguien. Marc y Collín me seguían de lejos, ellos eran de las pocas personas que sabían de todos mis problemas, el peso que tenía sobre mis hombros y esas inmensas ganas de tirarme a las vías del tren y abandonar esta vida.

Quizá nadie me entendiera, tampoco era algo que me importara demasiado. Pero cuando algo no salía como pensaba, como la relación meramente sexual que tenía con Taylor, me enfurecía.

¡No quería novia!

No quería...

Aunque lo peor de todo eran las miradas. ¡Cómo las odiaba! Todo el puto mundo pensaba, sobre todo las chicas, que podían salvarme. Pero era estúpido. ¿Salvarme? Nadie podía salvarme de mi peor enemigo.

Yo.

Iba tan distraído que no me di cuenta de por dónde iba y me choqué con alguien que acabó en el suelo y con todos los papeles desperdigados.

—¡Ten más...! —me callé al ver que era la misma chica de andares tímidos que había estado observando esa misma mañana.

Lo sabía por la ropa que llevaba. Un jersey un tanto ancho en color crema. Unos vaqueros y unas deportivas desgastadas. Su pelo estaba recogido en un moño y llevaba unas gafas con estampado de mármol.

Me miró temerosa, con sus dos enormes ojos del color del chocolate y largas pestañas tupidas. Algo dentro de mí se removió al ver a ese pequeño ángel temblar ante mi presencia. Tenía unos rasgos adorables y me parecía poder apreciar hoyuelos en sus mejillas y pecas en su nariz y pómulos. Tragó saliva y se puso a recoger todo lo que le había tirado al suelo.

Hubo un momento en el que no pude apartar la mirada de ella. Me agaché, aún embobado, y agarré el libro que llevaba en

manos. Ella fue a cogerlo y rozó la mía, acto que pareció exaltarla o sorprenderla, pues apartó la mano como si la mía quemara.

—L... Lo s... Siento —balbuceó, una vez que nos hubimos levantado mirando sus pies.

Fruñí el ceño y es que nunca había conocido a alguien tan tímido. Nunca había intimidado a nadie de esa manera y era algo que hacía que mi corazón se encogiera de tristeza.

¿Eso era de verdad lo que quería? Ahora mismo, sí. Debía cubrirme.

—Ten más cuidado —le dije, con cara de pocos amigos, dándole el libro.

Ella asintió y se fue pegando las cosas a su pecho. Me quedé ahí parado, viendo como se iba. Suspiré con pesar y negué para mí mismo.

—Tío, ¿qué ha pasado? —me preguntó Marc.

—Nada —dije en un tono seco y cortante.

Anduve hasta el coche y saqué las llaves.

—¿Cómo que nada? —preguntó Collin—. Tío, tendrías que haberte visto la cara de imbécil que se te ha quedado al mirar a esa chica.

—¡Quieres callarte! —exclamé malhumorado.

—Es verdad —lo defendió Marc—. Una cosa hay que admitir, la chica es muy guapa. ¿No te parece, Adam? Aunque, claro, a ti te van otro tipo de chicas. —Rio.

Me giré y los encaré.

—Callaros la puta boca. —Abrí el coche y me metí dentro—. Nos vemos mañana.

Metí la llave en el contacto y conduje hacia casa, viendo por el camino a la chica de antes andar a paso apresurado y con los cascos puestos.

Aunque me costara admitirlo, la chica me había impactado. Había sido esa mirada de ángel la que me había hecho reaccionar de aquella manera.

No. Yo no tenía corazón desde hacía mucho. Pero era inevitable no fijarse en esos ojos tan puros, sin maldad.

Llegué a casa y subí sin encontrar a papá o a Thomas allí.

«Mejor para mí», pensé.

Fui en dirección a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí, para dejar la mochila encima de la cama. Me quité la chaqueta y me puse una sudadera vieja que me encantaba junto a unos pantalones de deporte. Correteé por casa hasta llegar a la cocina, preparé algo de comida para mí, pues mi padre y hermano comían fuera, y, ya con la comida hecha, me dirigí al salón para ver la televisión un rato mientras comía.

Al terminar, fregué el plato y los cubiertos y me fui a estudiar y a hacer el trabajo que había mandado la profesora Brown. Me senté en la silla giratoria de mi escritorio, saqué el portátil de la mochila, me puse los cascos de música y me puse manos a la obra.

Estuve hasta las siete, justo la hora en la que aparecían mi padre y mi hermano por la puerta. Suspiré al escucharlos, sabía que harían como si nada hubiera pasado. Tal como hacían siempre. Me puse una camiseta de deporte y mis deportivas, agarré el macuto donde tenía todas las protecciones y salí de mi habitación.

—¿Irás a entrenar? —preguntó mi padre a mis espaldas.

—Sí —respondí, tajante.

—Ten cuidado —dijo.

Asentí, aún sin mirarlo, y abrí la puerta para irme al gimnasio. Esta vez decidí ir a pie, pues no estaba muy lejos de mi casa. Corrí para empezar a calentar, me gustaba hacerme algún kilómetro para que el cuerpo no estuviera entumecido por los duros entrenamientos. Hacía artes marciales desde que tenía tres años, era algo que me encantaba y me serenaba. Mente y cuerpo siempre debían estar unidos en uno solo.

Cuando llegué, dejé la mochila de deporte en el vestuario y saqué las protecciones y los guantes. Salí, viendo como Marc y

Collin estaban ya preparados. Rápidamente, me coloqué en el tatami y el entrenamiento comenzó. Parecía masoquista, pero me gustaba entrenar duro, aunque a veces no fuera consciente de la fuerza que tenía, pues era un metro ochenta y siete de puro músculo. No estaba definido como los hombres que hacían culturismo, ellos eran ya una exageración a la que no quería llegar. Pero cuando me miraba al espejo veía a un Adam físicamente atractivo, me gustaba cuidarme y hacer deporte a menudo.

—¿Ese no es Brandon? —preguntó uno de los chicos con los que estaba entrenando.

Mi mirada se desvió hasta la puerta, nuestro entrenador frunció el ceño y esperó a que se acercara.

Me quedé callado, apretando la mandíbula fuertemente. Todos sabían de la rivalidad entre Brandon y yo, el muy hijo de puta siempre me buscaba las cosquillas y alguna vez las acababa encontrando.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté de mala forma.

—Vaya. —Rio con sorna—. Ya veo que ahora entrenas más a menudo para el próximo torneo. ¿Te da miedo perder otra vez? —se burló de mí.

Quise pegarle una buena tunda, pero el entrenador me paró.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Brandon? ¿A provocar a mi chico? —le preguntó—. Si es así, lárgate. Tienes la entrada prohibida a este gimnasio.

—Solo venía a conversar, entrenador. —Se deslizó como una gacela, cauteloso de mi reacción—. He escuchado que hoy otra vez has perdido el control, ¿aún sigues con tus problemas?

Respiré y me mordí la lengua para no soltarle un puñetazo.

—Lárgate —bramé, dándome la vuelta sobre los talones.

El entrenador acabó echando a Brandon y seguimos a lo nuestro hasta que se hicieron las nueve de la noche. Me duché y salí junto a Marc y Collin, tuve que abrigarme bien pues hacía

bastante frío para ser septiembre. Aunque eso era muy típico en Birmingham, teníamos un clima oceánico y ya por estas fechas solía refrescar.

—Os lo juro, voy a patearle el culo —murmuré entre dientes apretando los puños.

Anduvimos los tres por la calle alumbrada por farolas.

—Lo harás, se lo merece por gilipollas —bramó Marc, malhumorado—. Siempre con esa sonrisilla de superioridad... ¡Dios, qué hostia tiene en la cara!

—Y lo que no es la cara —intervino Collin—. ¡Eh, espera! ¿Esa no es la chica de la universidad?

Desvié la mirada hacia el parque que quedaba en la otra acera y la vi iluminada por una farola. Iba paseando a un perro, si no me equivocaba era un cachorro de Rottweiler. Pero lo que más me impactó fue ver como se limpiaba unas cuantas lágrimas traicioneras que caían de sus ojos. Tragué saliva, no sabía por qué verla así me ponía de tan mal humor. Pero no hacia ella, sino hacia quién o qué la hubiera hecho llorar.

—Vámonos —dije, guardando mis manos en los bolsillos de la chaqueta y echando a andar.

Lo que me estaba pasando no me olía bien, odiaba sentirme así hacia alguien que no conocía de nada.

Estaba harto de no entenderme ni yo mismo.

Estaba harto de todo.

Capítulo 2

Rachel

Como cada mañana desde hace unos meses, me dispuse a sacar a mi perro a pasear. Me senté en el borde de mi cama y me puse las deportivas viendo como Rottie, así se llamaba mi pequeño cachorro de Rottweiler, danzaba por toda mi habitación moviendo su colita.

Creo que ese pequeño animal había sido la única alegría en muchos años, por no decir toda mi vida.

Respiré con tranquilidad cuando bajé las escaleras y lo vi todo tranquilo, mi padre se había ido a trabajar hacía poco, ya que mamá estaba fregando los cacharros. Tan siquiera le dije algo, agarré la correa de Rottie, mis auriculares y salí para pasearlo. *Sit Still, look Pretty* de Daya comenzó a sonar a través de los audífonos que ya me había puesto.

Tener a Rottie conmigo me hacía sentir mejor, pues nos habíamos mudado a Birmingham hacía poco (justo unas semanas antes de que comenzara mi primer año de universidad) y no conocía a nadie. Si a eso le sumabas lo tímida que era...

Paseé por el vecindario que tenía un parque para perros, otro para niños y varios locales de cafetería y restauración; anduve cazabuzas como siempre. Echaba de menos llevar mi libro pegado al cuerpo. Era como una barrera ante todo aquel que se me acercara, aunque no siempre funcionara.

Hace poco que había conocido a Hannah y Anna, unas chicas de mi curso con las que compartía la mayoría de las clases y a las que conocí gracias a una reunión que solían hacer antes de empezar las clases, que se acercaron para conversar conmigo. Al principio sentí pánico de su proximidad, pero poco a poco me fui haciendo a la situación hasta darme cuenta de que eran dos chicas muy simpáticas y amables. De alguna forma eso me hizo sentirme bien conmigo misma. En Londres no tenía amigos, nunca he tenido a decir verdad. Siempre he sido demasiado retraída e introvertida, temiendo a lo ajeno.

Pero me era imposible quitarme a ese chico de la cabeza. ¡Dios Santo, era guapísimo! ¡Y me había chocado con él! ¡Qué vergüenza! Aunque todo lo que tenía de guapo lo tenía de temible. Yo era más bien bajita y él me sacaba una cabeza y media. Su cuerpo era puro acero, se notaba que se cuidaba. Sin embargo, lo más impresionante fueron sus ojos. Eran de un verde oliva clarito. De esas miradas que no puedes olvidar tan fácilmente y que de alguna forma u otra se te quedan grabadas en la retina, torturándote.

Según lo que había escuchado por los pasillos de mi facultad, Adam Moore era toda una leyenda. Un chico temible y deseado por las mujeres. Todas y cada una de ellas deseaba salvarlo de ese tormento que lo rondaba, hacerlo cambiar. Pero ¿por qué cambiar a una persona? ¿Por qué no dejarlo ser tal cual? Sus razones tendría para ser así, me parecía una suma estupidez que las chicas soñasen con que, de repente, se enamorara y pasara a ser el chico no tan malo de todo libro adolescente.

Por favor, ¡realidad!

Y, cómo no, solo yo podía toparme con él cuando salía de clase. Sentí miedo al verlo, imponía e intimidaba demasiado. Temblé, pues, quisiera o no, lo que había escuchado de él en las pocas semanas que llevaba en Birmingham no era para que se me cayeran las bragas del gusto.

Al contrario, se había metido en peleas y, según lo que decían, jugaba con algunas drogas. Una cosa era fumar, pero las drogas...

—Rottie, vamos. Llegaré tarde a clase.

Las clases...

Sonreí sin enseñar los dientes disfrutando de aquellas palabras que pensé que no diría más. Pero las casualidades existen, y yo tuve la mejor de ellas.

Fui de nuevo a casa, sabiendo que mamá estaría por algún lugar, ajena a todo y viviendo en su mundo de fantasía. Cerré la puerta de entrada, me acerqué a la cocina para coger algo de fruta y me dispuse a subir a mi habitación con Rottie. Mamá ya se había encargado de hacer la cama, aun yo negándome a ello. Cerré la puerta tras de mí y solté a Rottie para que fuera a beber agua de su cuenco justo debajo de mi ventana. Fui hacia esta y me senté en el asiento que tenía allí, hecho de obra y adornado con cojines de lugares del mundo que alguna vez me gustaría visitar.

Me comí la manzana mientras miraba por la ventana.

Rottie se puso a jugar con su pelota y algunos juguetes que le había comprado cuando mi padre, en un arrebato que no sé cómo calificar, lo trajo a casa.

Mi padre era un hombre demasiado serio y estricto, solo con verlo me temblaba todo el cuerpo. Y sé que si trajo a Rottie a casa fue porque uno de sus jefes se lo regaló para mí, para quedar bien con él. Pero no hay mal que por bien no venga. Cuando vi al cachorro me enamoré de él, era un perro que con el tiempo se hará grande, muy grande. No obstante, era muy obediente con cinco meses que tenía y me cuidaba mucho a pesar de todo.

A las ocho menos veinte de la mañana decidí ponerme la mochila estilo bandolera, agarrar mi libro e irme, dejando a Rottie en mi habitación. Cerré la puerta de mi cuarto con llave y me la colgué en el cuello para no perderla, salí de casa sabiendo que mamá se quedaría allí sola hasta que volviera de la universidad.

Anduve por las calles a paso ligero, hoy comenzaba a las ocho de la mañana y tenía que darme prisa para no llegar tarde. Y, en el camino, me encontré con Anna, quien me invitó a ir con ella caminando y charlando.

—¿Te gusta Birmingham? —me preguntó sonriente.

Asentí, bajando la mirada a mis pies.

—Sí, la verdad es que es muy bonito —respondí, abrazando el libro más fuerte sobre mi pecho.

Parece una tontería, pero para mí mantener una conversación era un reto.

—¿Y te gusta la carrera? ¿Era lo que esperabas? —Anna era una chica muy perceptiva, sabía de mi extrema timidez y miedo al acercamiento. De ahí que fuera tan amable conmigo y mantuviera ella el hilo de la conversación.

—Es mucho mejor de lo que esperaba, la verdad —dije, mordiéndome el labio inferior—. Me encantan los niños y poder trabajar con ellos el día de mañana sería lo mejor del mundo.

Anna rio entre dientes, desvié la mirada a sus ojos caramelo.

—Pienso lo mismo. —Bebió un poco del zumo envasado que llevaba en la mano—. Y me alegra aún más que poco a poco vayas hablando. —Me guiñó el ojo.

Me sonrojé un pelín y le sonreí sin enseñar los dientes, aunque más que una sonrisa era una mueca, pues había olvidado lo que era sonreír.

—Me cuesta mucho hacerme a la gente —le confesé.

—Lo imagino, pero es ir acostumbrándose poco a poco. Lo que pasa es que la gente es sumamente idiota y no comprenden

que hay personas que son tímidas —murmuró Anna volviendo a beber zumo—. Me dijeron que al salir te topaste con Moore...

Asentí, dejando escapar un suspiro de mis labios.

—Sí, y da un miedo... —susurré—. Por cierto, ¿y Hannah?

—¡Ah! —exclamó, dándose un leve golpe en la cabeza—. Se me olvidó decirte que hoy se iría con Marc.

—¿El chico que le gusta y que hace poco le pidió salir formalmente? —pregunté con curiosidad. Anna asintió—. ¡Qué bonito! —sonreí.

—La verdad es que sí —admitió ella—, ¿qué te juegas a que los vemos morreándose en el aparcamiento?

—¡Qué asco! —exclamé, imaginando la escena.

—¿Sabes que hay una fiesta este fin de semana? ¿Te gustaría venir conmigo?

—¿No irá Hannah? —le pregunté, pasando por el paso de peatones que daba al aparcamiento de la universidad.

—Sí. —Hizo una mueca—. Pero irá con Marc.

Sopesé la idea de ir.

—Nunca he ido a una fiesta... —murmuré fijándome en mis pies.

—¿Por qué no vienes? Será divertido —me animó Anna sonriente—. Además, así estaremos las dos porque dudo que Hannah se despegue de Marc. —Rio—. ¿Por qué nunca has ido a una fiesta? ¿No te gustan?

Reí entre dientes.

—Bueno, me lo pensaré y el viernes te digo algo. —Intenté sonreír en su dirección—. Nunca he ido a una fiesta porque nadie me invitaba.

Anna se quedó mirándome con el ceño fruncido.

—¿Por qué nunca sonríes de verdad? —me preguntó—. Nos conocemos de poco, pero ¿estás bien? ¿Te va todo bien?

—Yo... —titubeé— es una larga historia.

—Bueno... —Pasó su brazo por mis hombros—. Si algún día quieres hablar, que sepas que estoy aquí.

Asentí.

—Gracias —susurré en voz baja.

—No me las des. Por cierto, ¿es verdad que tienes diecinueve años?

Tragué saliva con dureza.

—Sí.

—¿Y puedo preguntar por qué no habías ido antes a la universidad?

Me relamí los labios con nerviosismo y asentí.

—Estuve enferma y me pasé varios años estudiando en casa —respondí lo más creíble posible.

—¡Vaya! —exclamó—, tuvo que ser muy duro.

Anna y yo pasamos por el aparcamiento y fuimos directas a la facultad donde encontramos a Hannah besuqueándose con Marc. Se despidieron y Hannah se quedó allí con cara de boba, despidiéndolo con la mano y sonriendo cual enamorada.

—¿Qué? —nos preguntó.

—Dais asco —dije asqueada, sin pensarlo.

Anna y Hannah se quedaron mirándome sorprendidas.

—Graba esto, los planetas se deben de estar alineando o le tiene que estar dando algo —bromeó Hannah.

—Qué va... —murmuré.

—Déjala, Hannah. —Rio Anna, interviniendo—. Rachel, pasa de ella, solo quiere molestarte.

Hannah rio.

—Pues sí —afirmó—. Es muy extraño escucharte decir ese tipo de cosas. Pero, bueno... —Entramos a nuestra clase y nos sentamos de por medio—. ¿Vendréis a la fiesta del sábado?

—Si va Rachel, iré yo —dijo Anna, encogiéndose de hombros—. Y no me mires así, Hannah, que tú vas a ir con Marc y vas a pasar de mí.

La susodicha rodó los ojos.

—¡Está bien! —exclamó—, no pasaré de vuestro lindo trasero.

—¿Y si pasas tenemos derecho a darte una buena tunda? —le pregunté con diversión.

—¡Eso, eso! —exclamó Anna, defendiendo mi moción.

—En serio, tía, hay veces que te *amodio*. —Rio Hannah, divertida—. No le des ideas a Anna.

El profesor entró a clase y tuvimos que prestar atención, adoraba la carrera que había escogido, pero vaya muermo de profesor que me había tocado. Y así fueron pasando las clases, alguna más entretenida que otras, hasta que llegó nuestra ansiada hora libre.

Hannah, Anna y yo nos dirigimos a la cafetería de la universidad para tomarnos un café. Sin embargo, mientras íbamos por el camino, comenzamos a escuchar gritos.

—¿Qué pasa? —pregunté con curiosidad.

Había un montón de gente rodeando a alguien, parecía una pelea.

—Una pelea. —Rodó los ojos Anna.

—¿A que no adivinas quién se está peleando? —preguntó Hannah mirándonos. Yo negué mientras que Anna se echó la mano a la cabeza—. Adam Moore vs. Brandon Cooper.

Seguimos caminando, evitando la pelea en la que tuvieron que intervenir la seguridad de la Universidad. Al llegar a la cafetería, vacía por todo el revuelo que se había creado, nos sentamos en una mesa en la que podía ver todo a través del cristal. Y no pude evitar fijar mi mirada en Adam Moore, ese intimidante chico con el que había chocado ayer mismo.

—¡Rachel! —exclamó Hannah, atrayendo mi atención.

—¿Qué decías? —desvié la mirada de Moore a ella.

—¿Qué tanto mirabas por la ventana? —inquirió Anna riendo.

—Nada —respondí de inmediato, avergonzándome.

—¡Estabas viendo a Adam! —exclamó Hannah emocionada.

—¡Calla, calla! —hablé, roja—. Es que... —titubeé—, ayer me tropecé con él cuando me iba a casa.

—¿Te tropezaste con él? —Anna parecía impresionada.

—Sí, y me di un buen golpe en el trasero —suspiré.

—¿Y? —me encogí de hombros.

—Da miedo —respondí.

Nos trajeron lo que habíamos pedido minutos atrás y bebí un largo trago de mi zumo de naranja.

—Ya. —Anna frunció el ceño—. Iba a mi instituto, cambié de un día para otro.

—Lo peor es que todas están loquitas por sus huesos, dan asco, en serio —murmuró Hannah—. Aunque admito que el tío está muy bueno. ¿Verdad, Rachel? —me guiñó un ojo con picardía.

Me sonrojé, debía parecer un tomate andante.

—Está muy bien, sí.

—¡Que viene, que viene! —exclamó Anna.

Hannah se giró y saludó a Marc con la mano. Me di un golpe mental, lo que me faltaba.

Marc, el noviete de Hannah, venía junto a otro chico y con Adam, muy cabreado por cierto. ¿Qué hay más peligroso que un chico temible enfadado?

«Ya sabes la respuesta», me dije a mí misma.

—¿Por qué no os sentáis aquí y nos hacéis compañía? —les preguntó Hannah.

¡No!

—No lo preguntes dos veces —respondió al que reconocí como Marc. Este agarró una silla y se sentó al lado de Hannah, a la que besó.

El otro chico hizo lo mismo, sentándose entre Anna y yo. Y Adam... tragué saliva al ver como su sombra se alzaba por encima